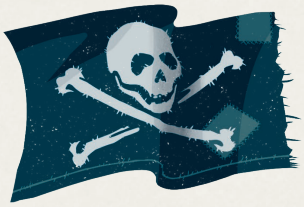
LA ISLA DEL TESORO



LA ISLA DEL TESORO

DE

ROBERT LOUIS STEVENSON



CON ILUSTRACIONES

DE

MINALIMA

FOLIOSCOPIO

LA ISLA DEL TESORO

Robert Louis Stevenson

Título original: *Treasure Island*

© de las ilustraciones: MinaLima Ltd., 2026

© de la traducción: Jesús Gómez Gutiérrez, 2026

Publicado originalmente en 2026 por Harper Design.
Publicado en español por Folioscopio
según acuerdo con Harper Design,
un sello de HarperCollins Publishers.

© de esta edición: Folioscopio, S. L., 2026
c/ Rosselló, 186 5.º 4.º 08008 Barcelona (España)
www.folioscopio.com

Primera edición: septiembre de 2026
ISBN: 978-84-103802-5-7
Depósito legal: B 6345-2026

Diseño del libro: MinaLima Design

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en China/*Printed in China*

FSC
www.fsc.org
MIXTO
Papel | Apoyando la silvicultura responsable
FSC® C005748





A
S. L. O.,

un caballero estadounidense,
en cuyo gusto clásico se ha inspirado la siguiente narración.
La presente obra le es dedicada en agradecimiento
por las numerosas horas de agradable compañía
y con mis más cordiales anhelos.
De su afectuoso amigo,

EL AUTOR

ÍNDICE

Parte I – El viejo bucanero


CAPÍTULO 1


El viejo lobo de mar en la posada del Almirante Bembow ... 13


CAPÍTULO 2


Un perro negro aparece y desaparece 25


CAPÍTULO 3


La mancha negra 37


CAPÍTULO 4


El cofre 47


CAPÍTULO 5


El final del ciego 59


CAPÍTULO 6


Los papeles del capitán 69

Parte II – El cocinero del barco


CAPÍTULO 7


Me voy a Bristol 81


CAPÍTULO 8


En el cartel del «Catalejo» 91


CAPÍTULO 9

Pólvora y armas 101


CAPÍTULO 10

El viaje 111


CAPÍTULO 11

Lo que oí en el barril de manzanas 121


CAPÍTULO 12

Consejo de guerra 131

Parte III – Mi aventura en tierra


CAPÍTULO 13

Cómo empezó mi aventura 141


CAPÍTULO 14

El primer golpe 151


CAPÍTULO 15

El hombre de la isla 161

Parte IV – La empalizada


CAPÍTULO 16

Cómo se abandonó el barco 173


CAPÍTULO 17

El último viaje de la yola 183


CAPÍTULO 18

El final del primer día de lucha 193


CAPÍTULO 19

La guarnición de la empalizada 203


CAPÍTULO 20

La embajada de Silver 215


CAPÍTULO 21

El ataque 225

Parte V – Mi aventura en el mar


CAPÍTULO 22

Cómo empezó mi aventura marina 237


CAPÍTULO 23

Marea baja 247


CAPÍTULO 24

El viaje de la barquilla 257


CAPÍTULO 25

Arriar la bandera pirata 267

CAPÍTULO 26

Israel Hands 277

CAPÍTULO 27

«Piezas de a ocho» 291

Parte VI – Capitán Silver

CAPÍTULO 28

En el campamento del enemigo 301

CAPÍTULO 29

La mancha negra otra vez 313

CAPÍTULO 30

Bajo palabra 323

CAPÍTULO 31

La señal de Flint 335

CAPÍTULO 32

La voz entre los árboles 347

CAPÍTULO 33

La caída de un jefe 357

CAPÍTULO 34

El final 369



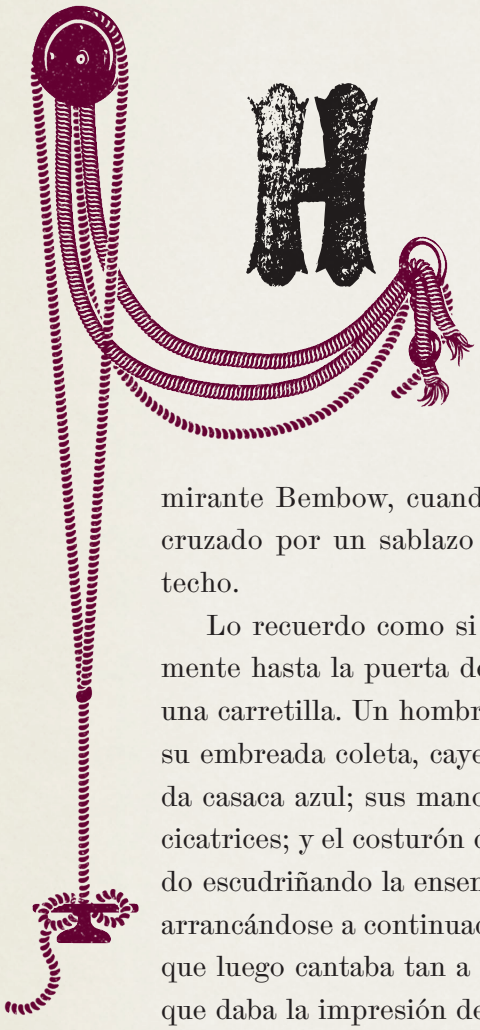


PARTE I

Capítulo 1

EL VIEJO LOBO DE MAR EN LA POSADA DEL ALMIRANTE BEMBOW

«—Una ensenada muy a mano —dijo al fin—, y una tasca de grog de agradable ubicación».



abiéndome pedido el hacendado Trelawney, el doctor Livesey y los demás caballeros que ponga por escrito todo lo relativo a la Isla del Tesoro, de principio a fin, sin excluir otra cosa que la ubicación de la isla —y esto, sólo porque aún queda tesoro por recoger—, tomo la pluma en el año de gracia de 17... y retrocedo hasta la época en que mi padre regentaba la posada del Almirante Bembow, cuando el viejo navegante de moreno rostro cruzado por un sablazo se alojó por primera vez bajo nuestro techo.

Lo recuerdo como si lo hubiera visto ayer, caminando lentamente hasta la puerta de la posada, con su cofre siguiéndolo en una carretilla. Un hombre alto, fuerte, pesado, de color avellana; su embreada coleta, cayendo sobre los hombros de una manchada casaca azul; sus manos, de uñas negras y rotas, con grietas y cicatrices; y el costurón de su mejilla, de sucia lividez. Lo recuerdo escudriñando la ensenada, silbando para sí mientras miraba, y arrancándose a continuación con aquella vieja cantilena marinera que luego cantaba tan a menudo con su recia y tambaleante voz, que daba la impresión de haberse afinado y roto en las barras de los cabrestantes:

«Quince hombres junto al cofre del muerto…
¡Ron, ron, ron, la botella de ron!».

Después, llamó a la puerta con un palo parecido a un espeque y, al llegar mi padre, pidió broncamente un vaso de ron. Cuando se lo sirvió, bebió despacio, como un entendido, paladeando su sabor



y sin dejar de mirar a su alrededor, desde los acantilados hasta el cartel que estaba sobre la entrada.

—Una ensenada muy a mano —dijo al fin—, y una tasca de grog de agradable ubicación. ¿Mucha gente, amigo?

Mi padre dijo que no, que muy poca, por desgracia.

—Bueno, pues éste será mi embarcadero —anunció—. Ven aquí, paisano —gritó al hombre que empujaba arduamente la carretilla—, atraca a mi costado y ayuda a subir mi cofre. Ron, panceta y huevos es lo que quiero, y la cabeza alzada, para ver zarpar los barcos. ¿Que cómo me han de llamar? Me pueden llamar capitán. Ah, ya sé lo que está esperando... Tome —dijo, y lanzó tres o cuatro monedas de oro al umbral—. Ya me avisará cuando me haya comido eso —añadió, con expresión tan feroz como la de un comandante.

Y, desde luego, por malas que fueran sus ropas y reciamente que hablara, no tenía aspecto de marinero que navegara al pie del mástil, sino de primer oficial o capitán, acostumbrado a ser obedecido o golpear. El hombre que se acercó con la carretilla nos contó que se había apeado del correo aquella mañana, frente al Royal George; que había preguntado qué posadas había a lo largo de la costa y que, habiendo recibido buenas referencias de la nuestra —supongo yo— y sabido que estaba en un sitio apartado, la había elegido entre las otras como lugar de residencia. Y eso fue todo lo que pudimos saber de nuestro huésped.

Era un hombre muy callado, por lo general. Deambulaba todo el día alrededor de la ensenada o por lo alto de los acantilados, con un catalejo de latón; y estaba toda la noche en una esquina del salón, sentado junto al fuego, bebiendo una mezcla muy fuerte de ron con agua. No solía responder cuando le hablaban; se limitaba a alzar la vista feroz y repentinamente, y a resoplar por la nariz como por un cuerno de niebla; y tanto nosotros como las personas que pasaban por nuestro establecimiento aprendimos pronto a dejarlo en paz. Todos los días, cuando volvía de su paseo, preguntaba si había pasado por el camino algún marinero; al principio, pensamos que lo preguntaba porque añoraba la compañía de los suyos, pero al final comprendimos que lo que deseaba era evitarlos. De hecho, cada vez que algún navegante se hospedaba en la Almirante Benbow (como ocurría de vez en cuando con los que iban a Bristol



por el camino de la costa), lo miraba a través de la acortinada puerta antes de que llegara al salón y, desde luego, siempre estaba tan callado como un ratón en presencia de tales sujetos. El asunto no tenía ningún secreto —por lo menos, para mí—, pues compartía su desconfianza en cierto modo. En determinada ocasión, me llevó a un aparte y me prometió que el primer día de cada mes me daría una moneda de plata de cuatro peniques, a condición de que estuviera «ojo avizor con un marinero de una sola pierna» y lo avisara en cuanto hiciera acto de presencia. A menudo, cuando llegaba el día en cuestión y yo le solicitaba mi paga, no hacía otra cosa que bufar e intimidarme con la mirada; pero yo podía tener la seguridad de que, antes de que acabara la semana, cambiaría de opinión, me daría mi pieza de cuatro peniques y repetiría su orden de estar al tanto del «marinero de una sola pierna».



No necesito decirles hasta qué punto turbaba ese personaje mis sueños. En noches tormentosas, cuando el viento sacudía las cuatro esquinas de la casa y el oleaje rugía en la ensenada y contra los acantilados, lo veía en mil formas distintas y con mil diabólicas expresiones. Tan pronto tenía la pierna cortada por la rodilla como por la cadera y, a veces, era una monstruosa criatura que siempre había tenido una sola pierna, y en mitad del tronco. Verlo saltar, correr y perseguirme salvando bardales y zanjas era la peor de las pesadillas. Y al cabo, me salió harto cara mi pieza mensual de cuatro peniques, pues la pagaba con tan abominables fantasías.

Sin embargo, y por aterrado que estuviera ante la idea del marinero cojo, tenía bastante menos miedo del capitán que cualquiera de los que lo conocían. Había noches en que bebía mucho más ron con agua de lo que su cabeza podía soportar; y entonces, se sentaba a veces y cantaba sus bárbaras, viejas y bravías canciones marineras, sin prestar atención a nadie; pero, en otras ocasiones, pedía bebida para todos y forzaba a la temblorosa concurrencia a escuchar sus historias o sumarse al coro de sus cánticos. Cuántas veces sentí que la casa se estremecía con el «¡Ron, ron, ron, la botella de ron!», al que se unían desesperadamente todos los que allí estaban, presos de un letal pavor, compitiendo por cantar más alto que los demás para ahorrarse exabruptos, pues, durante dichos arrebatos, era el acompañante más avasallador que se haya visto nunca: daba manotazos en la mesa para exigir silencio; estallaba con vehemente furia si se le formulaba alguna pregunta y, en ocasiones, porque no se le formulaba, por entender que la tripulación no estaba siguiendo el hilo de su historia. Ni permitía tampoco que nadie abandonara la posada hasta que, borracho hasta el punto de entrarle sueño, se iba dando tumbos a la cama.

Sus historias eran lo que más amilanaba a la gente. Terribles historias eran; de ahorcamientos, y de caminar por el tablón, y de

tempestades marinas, y de Las Tortugas, y de asombrosos lugares y hazañas en la América española. Por lo que él mismo decía, debía de haberse pasado la vida entre algunos de los más desalmados hombres que han podido navegar por los mares, y el vocabulario con el que contaba tales relatos escandalizaba casi tanto a nuestra sencilla población rural como los delitos que describía. Mi padre siempre andaba diciendo que la posada acabaría en la ruina, porque los parroquianos se hartarían pronto de ir a ella a que los tiranizaran y desairaran y los enviaran temblando a la cama; pero yo creo de verdad que su presencia nos fue de provecho. La gente se asustaba en el momento, pero lo encontraban más bien placentero cuando se acordaban después; era un buen divertimento en la tranquila vida del campo, y hasta había un grupo, entre los más jóvenes, que fingían admirarlo y lo llamaban «verdadero lobo de mar», «aventurero de verdad» y otras cosas por el estilo, afirmando que era de la clase de hombres que habían hecho a Inglaterra temible en la mar.

En cierto sentido, es indudable que hizo lo posible por arruinarnos, pues siguió allí semana tras semana y, después, mes tras mes, y ya hacía mucho que su dinero se había agotado y, aun así, mi padre nunca reunía el coraje necesario para apremiarle a que nos diera más. Si alguna vez se lo insinuaba, el capitán resoplaba tan atronadoramente por la nariz que cualquiera habría dicho que rugía, y se quedaba mirando fijamente a mi pobre padre hasta que éste salía del cuarto. Lo vi estrujándose las manos tras uno de dichos desplantes y estoy convencido de que el disgusto y el pavor en que vivía debieron de apresurar enormemente su prematura y desgraciada muerte.

En todo el tiempo que vivió con nosotros, el capitán no hizo cambio alguno en su indumentaria, salvo el de las medias que compró a un buhonero. Una de las alas de su sombrero de tres picos se

le desprendió y la dejó colgando desde entonces, aunque suponía una gran molestia cuando hacía viento. Recuerdo el aspecto de su casaca, que remendaba él mismo en el piso de arriba, en su cuarto y, que en la última época, ya no era otra cosa que remiendos. Nunca escribió ni recibió ninguna carta y nunca habló con nadie sin estar bajo el efecto del ron. En cuanto al gran cofre, ninguno de nosotros lo vio abierto jamás.

Sólo una vez se le enfrentó alguien, y fue hacia el final, cuando el deterioro que acabó con mi pobre padre ya estaba muy avanzado. El doctor Livesey pasó un día a visitar a un paciente, a última hora de la tarde y, tras comer un poco de la cena que le sirvió mi madre, se dirigió al salón a fumarse una pipa hasta que le llevaran su caballo desde la aldea, pues no teníamos establo en la vieja Benbow. Yo lo seguí y recuerdo haberme fijado en el contraste que había entre el pulcro y enérgico médico —con su peluca blanca como la nieve, sus brillantes y negros ojos y sus elegantes modales— y los rústicos aldeanos; y, sobre todo, en el que había entre él y nuestro sucio y achispado espantapájaros de pirata, repleto ya de ron y con los brazos en la mesa.

Súbitamente, éste —el capitán, es decir— se arrancó con su sempiterna canción:

«Quince hombres junto al cofre del muerto…
¡Ron, ron, ron, la botella de ron!
La bebida y el diablo acabaron con el resto…
¡Ron, ron, ron, la botella de ron!».

Al principio, yo había supuesto que «el cofre del muerto» tenía que ser el mismísimo y enorme arcón que estaba arriba, en el cuarto del fondo, y esa idea se mezcló en mis pesadillas con la del marinero de una sola pierna. Pero, para entonces, todos habíamos

dejado de prestar particular atención a la canción; aquella noche, la única persona que no la conocía era el doctor Livesey, y yo me di cuenta de que no le agradaba, porque alzó la vista un momento y con gran enojo antes de seguir hablando con el viejo Taylor, el jardinero, sobre un remedio nuevo para el reuma. Entre tanto, el capitán se había ido animando gradualmente con su propia música y, al cabo, dio un manotazo en la mesa que tenía frente a él y todos supimos lo que significaba: silencio. Las voces cesaron de inmediato; todas, menos la del doctor Livesey, quien siguió como antes, hablando con claridad y amabilidad y dando enérgicas chupadas a la pipa cada una o dos palabras. El capitán se le quedó mirando un rato, pegó otra manotada, lo miró con mayor dureza y, al final, gritó burda y villanescamente: «¡Silencio entre cubiertas!».

«¿Se dirige a mí, señor?», preguntó el médico, y cuando el rufián le dijo que sí con otra grosería, respondió: «Sólo tengo una cosa que decirle, señor; que, si sigue usted bebiendo ron, ¡el mundo se verá libre pronto de tan sucio canalla!».

La cólera del recio amigo fue imponente. Se levantó de golpe, sacó y abrió una navaja marinera y, meciéndola abierta en la palma de la mano, amenazó al doctor con clavarlo a la pared.

El doctor ni siquiera se inmutó. Le siguió hablando como antes, por encima del hombro y con el mismo tono de voz; bastante alto, para que toda la estancia lo oyera, pero perfectamente firme y tranquilo.

—Si no se guarda esa navaja ahora mismo en el bolsillo, le prometo por mi honor que lo ahorcarán en la próxima sesión de tribunales.

Los dos entablaron un combate de miradas a continuación. Sin embargo, el capitán se plegó pronto, se guardó el arma y se volvió a sentar, gruñendo como un perro apaleado.



—Si no se guarda esa navaja ahora mismo en el bolsillo, le prometo por mi honor que lo ahorcarán en la próxima sesión de tribunales.

—Y ahora, señor —prosiguió el doctor—, como ya sé que en mi distrito hay un sujeto de su calaña, puede tener la seguridad de que no lo perderé de vista ni de día ni de noche. No soy solamente médico; también soy juez, y si me llega un atisbo de queja contra usted, aunque sólo sea por una falta de decoro como la de esta noche, tomaré las medidas necesarias para que lo arresten y lo echen de aquí. Queda advertido.

Poco después, el caballo del doctor Livesey llegó a la entrada, y él montó y se fue; pero el capitán siguió tranquilo aquella noche y durante muchas noches posteriores.





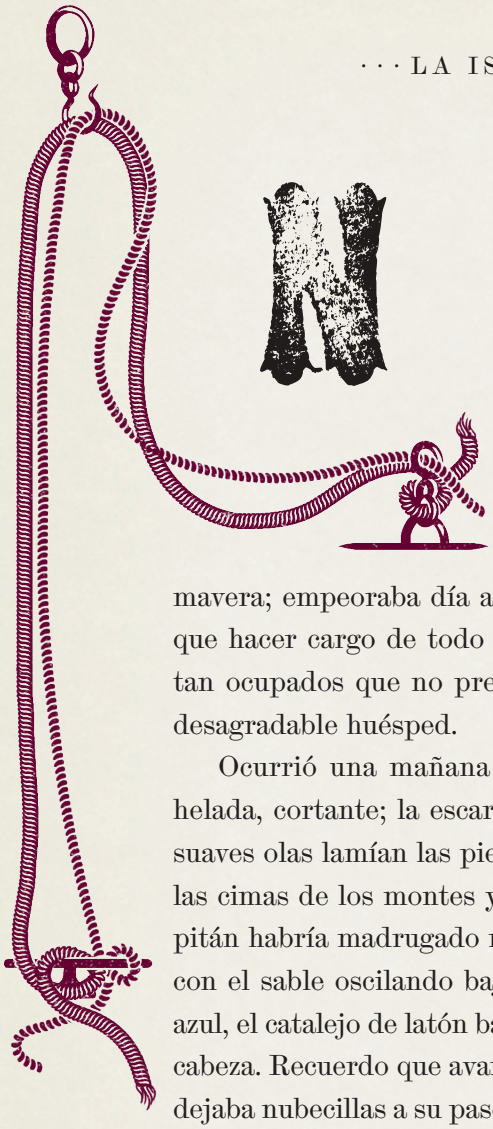


PARTE I

Capítulo 2

UN PERRO NEGRO APARECE Y DESAPARECE

«¿Esa mesa de ahí es para mi compadre Bill?».



No había pasado mucho tiempo desde entonces cuando se produjo el primero de los misteriosos acontecimientos que, al final, nos libraron del capitán; aunque no, como podrán ver, de sus asuntos.

Era un invierno glacialmente frío, de largas e intensas nevadas y tremendas tempestades. Estuvo claro desde el principio que mi pobre padre tenía pocas posibilidades de volver a ver la primavera; empeoraba día a día y, como mi madre y yo nos tuvimos que hacer cargo de todo lo relacionado con la posada, estábamos tan ocupados que no prestábamos demasiada atención a nuestro desagradable huésped.

Ocurrió una mañana de enero, muy temprano; una mañana helada, cortante; la escarcha daba un tono gris a la ensenada, las suaves olas lamían las piedras y el sol —aún bajo— tocaba apenas las cimas de los montes y resplandecía a lo lejos en el mar. El capitán habría madrugado más de lo habitual y partió hacia la playa con el sable oscilando bajo los anchos faldones de la vieja casaca azul, el catalejo de latón bajo el brazo y el sombrero hacia atrás en la cabeza. Recuerdo que avanzaba a grandes zancadas y que su aliento dejaba nubecillas a su paso. El último sonido que le oí, justo cuando superó la peña grande, fue un ruidoso bufido de indignación, como si siguiera pensando en el doctor Livesey.

Pues bien, mi madre estaba arriba, con mi padre; y mientras yo preparaba la mesa para que el capitán pudiera desayunar al volver, se abrió la puerta del salón y apareció un hombre al que no había visto jamás. Era una criatura pálida y sebosa; le faltaban dos dedos de la mano izquierda, y aunque llevaba un sable, no daba la impresión de ser combativo. Yo estaba siempre a la espera de marineros

de una pierna o de dos y recuerdo que aquél me desconcertó. No parecía un hombre de mar y, sin embargo, tenía algo de navegante.

Le pregunté qué deseaba y respondió que tomaría ron; pero, cuando ya me disponía a salir de la estancia para servírselo, se sentó en una mesa y me hizo un gesto para que me acercara. Yo me detuve donde estaba, con la servilleta en la mano.

—Ven aquí, muchacho —dijo—. Acércate.

Yo di un paso hacia él.

—¿Esa mesa de ahí es para mi compadre Bill? —preguntó con una especie de mirada burlona.

Le dije que yo no conocía a su compadre Bill y que dicha mesa era para una persona que se alojaba en nuestra casa, a quien llamábamos «el capitán».

—Bueno, es muy probable que a mi compadre Bill lo llamen «el capitán». Tiene una cicatriz en una mejilla y un carácter altamente agradable; sobre todo, cuando ha bebido. Así es mi compadre Bill. Pero supongamos que, hipotéticamente, tu capitán tiene un corte en una mejilla... y supongamos también, si te parece, que esa mejilla es la derecha. ¡Ah, excelente! Ya te lo decía yo. Dime, ¿está mi compadre Bill en la casa?



Le dije que había salido a pasear.

—¿Por dónde, muchacho? ¿Por dónde se ha ido?

Yo ya le había señalado la peña y dicho por dónde solía volver y cuánto solía tardar, además de contestar a otras preguntas, cuando él declaró:

—Ah, esto le gustará tanto como un trago a mi compadre Bill.

La expresión de su rostro mientras pronunciaba esas palabras no fue agradable en absoluto, y yo tenía mis propias razones para creer que el desconocido estaba en un error —aun suponiendo que hubiera hablado en serio—, pero me dije que no era asunto mío; además, no sabía lo que debía hacer. El desconocido se dedicó a ir de aquí para allá sin alejarse de la puerta de la posada, asomándose a veces como un gato esperando a un ratón. En determinado momento, me atreví a salir al camino, pero me pidió inmediatamente que volviera y, al no obedecer yo tan deprisa como él quería, se produjo un cambio de lo más terrible en su sebosa cara y me ordenó que entrara, con un juramento que me sobresaltó. En cuanto volví, él regresó a su actitud anterior, entre zalamera y burlona; y tras darme una palmadita en el hombro, me dijo que yo era un buen chico y que le había caído en gracia.

—Yo tengo un hijo mío y tan parecido a ti como una gota de agua a otra gota. Es el orgullo de mi corazón. Pero qué gran cosa es la disciplina para los chicos, muchacho... la disciplina. Si hubieras navegado con Bill, no te habría tenido que decir dos veces que entraras... a ti, no. Eso nunca ha sido propio de Bill, ni de los



que navegaban con él. Y aquél que viene es sin duda mi compadre Bill, con el catalejo bajo el brazo, claro... ¡Bendita sea su estampa! Tú y yo vamos a volver al salón, muchacho; nos vamos a poner detrás de la puerta y vamos a dar a Bill una sorpresita... Bendita sea su estampa, vuelvo a decir.

Mientras decía eso, el desconocido retrocedió conmigo al salón y me puso a sus espaldas, en la esquina, de modo que ambos quedamos ocultos tras la abierta puerta. Como quizás imaginen, yo estaba inquieto y alarmado en extremo, y el hecho de que él estuviera indiscutiblemente asustado contribuía bastante a mi temor. Liberó la empuñadura del sable y aflojó la hoja en la vaina; y durante todo el tiempo que esperamos allí, estuvo tragando saliva como si tuviera lo que se solía llamar un nudo en la garganta.

Por fin, llegó el capitán; cerró la puerta de golpe y, sin mirar ni a izquierda ni a derecha, cruzó el salón en línea recta hacia el lugar donde esperaba su desayuno.

—¡Bill! —dijo el desconocido, con un tono de voz que, en mi opinión, intentaba ser firme y osado.

El capitán giró sobre sus talones y nos miró de frente. El moreno había desaparecido de su faz y hasta su nariz parecía azulada. Tenía el aspecto de quien ha visto un fantasma, al mismísimo diablo o algo peor, si tal cosa es posible; y doy mi palabra de que sentí lástima al verlo repentinamente tan envejecido e indispuesto.

—Vamos, Bill, tú me conoces. Seguro que conoces a tu viejo compañero de tripulación, Bill.

El capitán soltó una especie de grito ahogado.

—¡Perro Negro! —dijo.

—¿Quién si no? —declaró el otro, relajándose un poco—. El Perro Negro de siempre, que ha venido a ver a su viejo compadre Billy a la posada del Almirante Benbow. Ah, Bill, Bill, las cosas

que hemos visto los dos desde que perdí estas dos garras —añadió, alzando su mutilada mano.

—Vaya, mira quién está aquí —dijo el capitán—. Me has buscado y me has hallado. Pues desembucha de una vez. ¿De qué se trata?

—De ti, Bill —contestó Perro Negro—, que estás justo en el ajo, Billy. Me tomaré el vaso de ron que me traiga este querido muchacho, del que tanto me he encariñado y, si te place, nos sentaremos y hablaremos con franqueza, como viejos compañeros de tripulación.

Cuando volví con el ron, ya se habían sentado a la mesa del desayuno del capitán, uno frente al otro; con Perro Negro junto a la puerta y de lado, como para tener un ojo en su antiguo compadre y otro en su retirada, pensé yo.

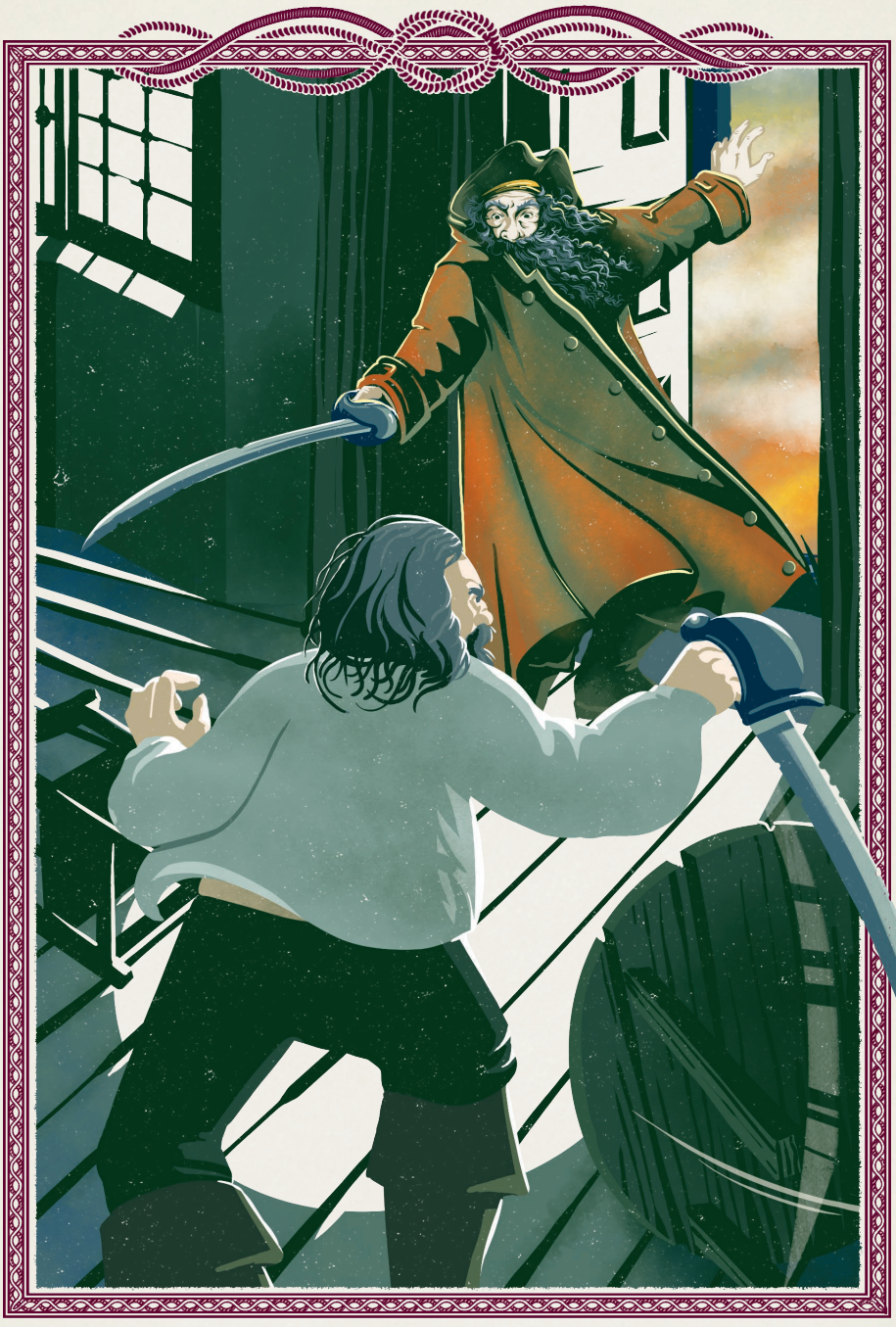
Me instó a marcharme y a dejar la puerta abierta de par en par. «Conmigo, nada de mirar por el ojo de la cerradura, muchacho», me advirtió; y tras dejarlos solos, me retiré al mostrador.

Durante un buen rato, lo único que oí fue un sordo parloteo, aunque desde luego hacía lo posible por escuchar; pero, al final, empezaron a subir el tono de voz y pude entender algunas palabras —sobre todo, bramuras— del capitán.

«¡No, no, no, no! ¡Y no se hable más!», gritó una vez; y otra: «Si la cosa acaba en la horca, a la horca todos, digo yo».

Luego, súbitamente, se oyó una tremenda explosión de imprecaciones y otros ruidos: las sillas y la mesa cayeron con estrépito; chocaron los aceros a continuación; y un instante después de oírse un grito de dolor, vi a Perro Negro huyendo a la carrera, perseguido de cerca por el capitán. Los dos, sable en mano y el primero, con un hilo de sangre en el hombro izquierdo.

Justo en la puerta, asestó al fugitivo un postrero y formidable golpe que sin duda le habría cortado en dos el espinazo si no se



«Luego, súbitamente, se oyó una tremenda explosión de imprecaciones y otros ruidos…».

hubiera visto interceptado por el enorme cartel de nuestro Almirante Benbow. Todavía hoy se puede ver la muesca en la parte inferior del marco.

Aquel golpe fue el último del duelo. En cuanto Perro Negro llegó al camino, demostró tener —a pesar de su herida— un maravilloso juego de pies y desapareció en la cumbre del cerro medio minuto después. El capitán, por su parte, se quedó mirando el cartel como anonadado; luego, se frotó los ojos varias veces y, al final, regresó a la casa.

—Jim —me dijo—, ron.

Y mientras lo decía, se tambaleó un poco y se apoyó en la pared con una mano.

—¡¿Está herido?! —grité yo.

—Ron —repitió—. Tengo que marcharme de aquí. ¡Ron! ¡Ron!

Corrí a buscárselo, pero estaba bastante alterado por lo que acababa de pasar y rompí un vaso y atasqué la espita; y mientras aún intentaba arreglar el desaguisado, oí que alguien se caía en el salón, salí corriendo y me encontré con el capitán tendido en el suelo, tan largo como era. En ese mismo momento, mi madre, alarmada por los gritos y la pelea, llegó en mi auxilio por la escalera. Entre los dos, le levantamos la cabeza.



Respiraba ruidosa y pesadamente, pero tenía los ojos cerrados y un terrible color de cara.

—¡Válgame Dios! —exclamó mi madre—. ¡Qué desgracia para la casa! ¡Y con tu pobre padre enfermo!

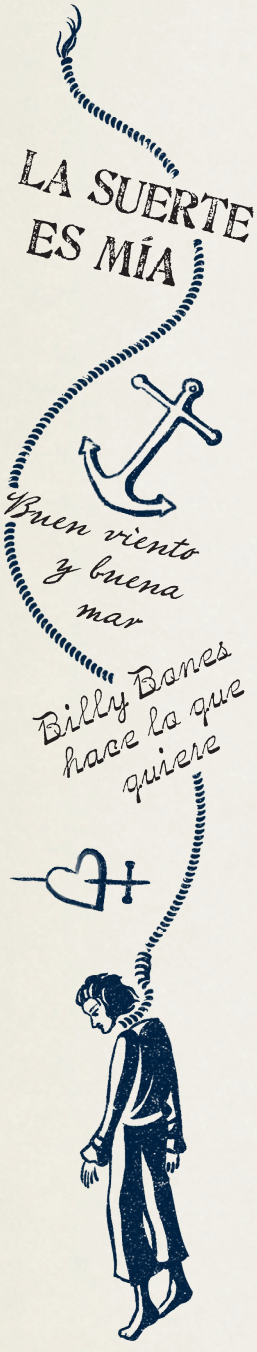
Entre tanto, no teníamos ni idea de qué hacer para ayudar al capitán y lo único que se nos ocurrió es que hubiera quedado herido de muerte durante la refriega con el desconocido. Llevé el ron, por supuesto, e intenté hacérselo tragar; pero sus dientes estaban férreamente apretados y sus mandíbulas, tan duras como el hierro. Nos sentimos muy aliviados cuando la puerta se abrió y entró el doctor Livesey, que había ido a visitar a mi padre.

—¡Oh, doctor! —gritamos—. ¿Qué debemos hacer? ¿Dónde lo han herido?



—¿Herido? ¡Pamplinas! —dijo el doctor—. No está más herido que ustedes o yo. Le ha dado un ataque, como ya le advertí. Señora Hawkins, vuelva arriba con su marido y, si es posible, no le diga nada al respecto. Por mi parte, debo hacer lo posible por salvar la más que despreciable vida de este sujeto. Jim, tráeme una jofaina.

Cuando volví con la jofaina, el doctor ya había rasgado una de las mangas del capitán, dejando al descubierto su enorme y nervudo brazo. Tenía tatuajes en varios sitios: «La suerte es mía», «Buen viento y buena mar» y «Billy Bones hace



lo que quiere» se leían clara y nítidamente en su antebrazo; y arriba, junto al hombro, había un dibujo de una horca y de un ahorcado, realizado —pensé yo— con gran talento.

—Profético —dijo el doctor, tocando dicho dibujo con un dedo—. Y ahora, maese Billy Bones, si es que así se llama, echaremos un vistazo al color de su sangre. ¿Te asusta la sangre, Jim? —preguntó.

—No, señor —respondí.

—Entonces, sostén la jofaina —me ordenó; y dicho eso, sacó su lanceta y abrió una vena.

Ya se le había extraído una buena cantidad de sangre cuando el capitán abrió los ojos y echó una borrosa mirada a su alrededor. Reconoció al doctor en primer lugar, con inconfundible ceño fruncido; y luego me miró a mí y pareció aliviado. Pero, súbitamente, su color cambió e intentó incorporarse, gritando:

—¡¿Dónde está Perro Negro?!

—Aquí no hay ningún perro negro —contestó el doctor—, salvedad hecha del que usted lleva dentro. Ha estado bebiendo ron y ha sufrido un ataque, justo como le advertí; y muy en contra de mi voluntad, lo acabo de sacar de la tumba tirando de su cabeza. Y ahora, señor Bones...

—Yo no me llamo así —lo interrumpió él.

—Me tiene sin cuidado —reviró el doctor —. Es el nombre de un bucanero que conozco y lo llamo así por abreviar, y lo que tengo que decirle es esto: un vaso de ron no lo matará; pero, si se toma uno,

se tomará otro y otro más, y me apuesto la peluca a que, si no lo deja del todo, morirá. ¿Comprende? Morirá e irá al lugar que le corresponde, como el hombre de la Biblia. Venga, haga un esfuerzo. Por una vez, lo ayudaré a llegar a su cama.

Entre los dos, con grandes dificultades, logramos subirlo por la escalera y tumbarlo en su cama, donde su cabeza cayó sobre la almohada como si casi se estuviera desmayando.

—En fin, cuídese —dijo el doctor—. Yo descargo mi conciencia... para usted, el simple nombre del ron es la muerte.

Y dicho aquello, el doctor se fue a ver a mi padre, agarrándome a mí del brazo.

—No es nada —dijo tan pronto como cerró la puerta—. Le he sacado tanta sangre que estará tranquilo un buen rato. Debe guardar cama una semana... es lo mejor para él y para todos. Pero, si sufre otro ataque, será definitivo.



